

Estudios Sociales
Vol. XXIX, Número 104
Abril - Junio 1996

**"HAY UN TIEMPO PARA CALLAR Y UN TIEMPO
PARA HABLAR" LA IGLESIA Y LA POLITICA.'**

Cardenal Carlo María Martini**

Introducción

"Todo tiene su tiempo y sazón, todas las tareas bajo el sol: tiempo de nacer, tiempo de morir; tiempo de plantar, tiempo de arrancar; tiempo de matar, tiempo de sanar; tiempo de derruir, tiempo de construir; tiempo de llorar, tiempo de reír; tiempo de hacer duelo, tiempo de bailar; tiempo de arrojar piedras, tiempo de recoger piedras; tiempo de abrazar, tiempo de desprenderse; tiempo de buscar, tiempo de perder; tiempo de guardar, tiempo de desechar; tiempo de rasgar, tiempo de coser; tiempo de callar, tiempo de hablar; tiempo de amar, tiempo de odiar; tiempo de guerra, tiempo de paz".

Este texto bíblico, tomado del libro de *Qohelet* (3,1-8), es utilizado con frecuencia para recordar la variedad de las situaciones humanas, el cambio de los escenarios de la historia, y para indicar que para cada cosa hay un tiempo adecuado que hay que saber distinguir con sabiduría.

* Discurso pronunciado en Milán, el 6 de diciembre de 1995, por motivo del día de San Ambrosio, patrón de la ciudad. Este discurso fue traducido por Josep Maria Margenat s.j. y publicado en *Sal Terrae*, (1987), febrero 1996, páginas 143-154. Lo reproducimos con la amable autorización de la revista *Sal Terrae*.

** Jesuita, Arzobispo de Milán.

San Ambrosio, que apreciaba los libros sapienciales de la Biblia y que en sus escritos se ha referido al menos una veintena de veces al libro *Qohelet* -que él, siguiendo la tradición latina, llamaba *Eclesiastés*-, cita este texto casi por entero en su escrito sobre Tobías: "Las semillas germinan a su tiempo, y los animales paren cuando les llega la hora. En efecto, `hay un tiempo para parir y un tiempo para morir, un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado, un tiempo para matar y un tiempo para curar'. (...) `Hay un tiempo para ganar y un tiempo para restituir, un tiempo para conservar y un tiempo para desprenderse" (*De Tobia*, 13).

Sin embargo, Ambrosio no cita aquí la expresión que a mí me interesa esta tarde, y que es ésta: "Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar". En otros escritos afronta expresamente el tema de las condiciones de la palabra y del silencio en términos muy explícitos (cf. *De officiis*, I,9).

Pocos días antes de su muerte en el año 397 (cuyo decimosexto centenario nos disponemos a celebrar solemnemente), en la *Explicación del salmo 43*, escribe: "Hay un tiempo adecuado para todo: un tiempo para callar y un tiempo para hablar. Debes callar cuando no encuentres un interlocutor disponible; debes hablar cuando el Señor te conceda una lengua sabia, de tal manera que tu discurso encuentre eficacia en el corazón de tus oyentes" (*Explanatio Psalmi 43*, 72).

El texto de *Qohelet* era también familiar a nuestro arzobispo, el cardenal Idelfonso Schuster, a quien el 12 de mayo de 1996 podremos venerar como Beato. Lo cita en una carta de 1909 a un monje compañero suyo: "*Tempus aedificandi et tempus spargendi lapides: ¿cuál de ellos es el nuestro?*" (*Lettere dell' amicizia*). Es ésta, pues una palabra bíblica que siempre ha invitado al discernimiento.

La situación actual interpela a la Iglesia

He querido recordar el fragmento de *Qohelet* porque en estos últimos tiempos, y a consecuencia de los acontecimientos políticos, que han modificado sobremanera los habituales marcos de referencia, se ha hecho muchas veces alusión a una cierta "afasia"

"HAY UN TIEMPO PARA CALLAR Y UN TIEMPO PARA..."

de la Iglesia, como si ésta no supiera muy bien qué debe decir, hubiera elegido callar y se hubiera asomado a la ventana a ver cómo evolucionan los acontecimientos.

Esta impresión de silencio por parte de la Iglesia explica la atención que la opinión pública ha prestado a la reciente Asamblea de la Iglesia Italiana en Palermo, donde el Papa, el cardenal-Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana y los diferentes grupos intervinieron para indicar cuál debe ser la orientación de la comunidad eclesial en este delicado momento.

En efecto, la situación actual reclama que la iglesia diga claramente sobre qué temas piensa callar, por no ser de su inmediata competencia, y sobre cuáles piensa hablar, por afectar a su misión.

El discurso del Papa en Palermo es muy claro y explícito al respecto: "La Iglesia -ha dicho el papa- no debe ni piensa comprometerse con ninguna opción de alineamiento político o de partido, como por otra parte, tampoco expresa su preferencia por ninguna de las diversas soluciones institucionales o constitucionales que son respetuosas para con la auténtica democracia" (n. 10).

En este sentido, la Iglesia prefiere callar, dejando que los laicos cristianos se pronuncien de acuerdo con su conciencia y su competencia. Sin embargo, la Iglesia no debe sólo callar, sino que también debe hablar. "De hecho" -prosigue el papa-, "esto no tiene nada que ver con una 'diáspora' cultural de los católicos, es decir, con una pretensión por parte de éstos de que cualquier idea o visión del mundo es compatible con la fe".

Se trata, por tanto, para la Iglesia, de callar sobre todo cuanto se refiera directamente a opciones partidistas, y de hablar, en cambio, de todo cuanto se refiera a los principios éticos que rigen las opciones políticas. Conviene, no obstante, evitar dos errores: el del desaliento o la estéril lamentación o irritación por la pérdida de influjo social, persiguiendo, y quizás hasta soñando, formas de presencia obsoletas, y el de marginarse y encerrarse en la crítica de la modernidad. La serena aceptación del hecho de ser minoría exige, sobre todo, extraer todas las consecuencias, tanto teóricas como prácticas, de lo que en otro tiempo se llamó la "opción religiosa"

(*scelta religiosa*),¹ que habría que volver a proponer, de forma adaptada a las nuevas circunstancias, como opción evangélica y profética, como afirmación del primado de Dios y del Evangelio y de sus consecuencias para el bien de la comunidad humana. En la Asamblea de Palermo se ha afirmado: "Tenemos necesidad de creyentes y comunidades que, con sabiduría y perseverancia, ejerzan la profecía en las situaciones en las que viven y dan testimonio de su fe. (...) El ejercicio del espíritu de profecía, que es propio de todo creyente, nos permite incidir ya hoy, con el testimonio genuino del Evangelio del amor, en los cambios de mañana" (Grupo n. 5, Síntesis).

Se trata, por una parte, de caer en la cuenta de que hoy no es posible perseguir el objetivo de la cristianización de la sociedad con los instrumentos del poder; y, por otra, de preservar con el máximo cuidado, y hasta con celo, la diferencia y la peculiaridad de la Palabra cristiana respecto de las palabras corrientes, sabiendo que sólo así la Palabra será eficaz para la salvaguarda y la promoción del *ethos* público de una nación.

Es menester, pues, una intervención de tipo ético, porque lo que está en juego en las opciones políticas que se nos ofrecen es la supervivencia, no ya de la Iglesia en cuanto tal, sino de las costumbres cristianas, del *ethos* evangélico y, en última instancia, del *ethos* civil compartido que está en la base de toda sociedad democrática. Pero, a mi modo de ver, tal intervención debe referirse más a los métodos de la política que a los contenidos afirmados desde valoraciones éticas concretas (la vida, la familia, el trabajo,

1. *Scelta religiosa* es un término preciso que designa la línea de actuación adoptada por la iglesia italiana -Conferencia Episcopal y Acción Católica especialmente- en los años setenta y que puede caracterizarse como sigue: en la sociedad actual, no se trata de mantener una presencia institucional visible a partir de identidades fuertes, sino de profundizar en la razón religiosa que debe animar la actuación cristiana encarnada en todas las mediaciones mundanas, instituciones seculares, lugares sociales, etc. Esta opción fue debatida ante la aparición de otra estrategia, más explícitamente identitaria y confesional, que dio lugar a la tipificación de "cristianos de la presencia" y "cristianos de la mediación", que podrían ejemplificarse, respectivamente, en *Comunione e Liberazione* y *Acción Católica* (N. del Trad.)

"HAY UN TIEMPO PARA CALLAR Y UN TIEMPO PARA..."

la escuela, etc.). Tales valores son importantes, pero hoy existe el peligro de que ellos y otros muchos se vean amenazados por un estilo general de hacer política.

Quiero exponer más claramente mi pensamiento en dos puntos, respondiendo a sendas preguntas: a) ¿Por qué la Iglesia no debe callar hoy sobre temas éticos que subyacen a los mecanismos generales y a los modos de actuación política? b) ¿Cómo y en qué condiciones puede la Iglesia realizar esta tarea?

¿Por qué la Iglesia no debe callar hoy?

Yo diría, en síntesis, que la Iglesia no debe callar porque está en juego la supervivencia del *ethos* político. Lo que está en peligro no es la Iglesia en cuanto tal, sino la naturaleza misma de la política y, por tanto, de la democracia y, en última instancia, de los hábitos sociales que subyacen a la misma. Y a este respecto hay una serie de fenómenos muy claros:

a) La emergencia de una cierta desfiguración del primado del sujeto, que se traduce en un privilegio de hecho para quien, valiéndose de su peso económico y social, sabe reivindicar sus propios derechos individuales o de grupo. Se trata de una actitud que cuestiona la función del Estado en la tutela de los más débiles y llega a poner en peligro el pacto social mismo que sustenta la Constitución, privilegiando los acuerdos contractuales, más fáciles de adaptarse a las conveniencias y a las mayorías del momento.

b) El éxito, tanto entre la opinión pública como en la práctica, de una lógica decisionista que no respeta las exigencias de una paciente maduración del consenso, o que trata de forzar éste mediante el plebiscito generalizado, o que se engaña por el hecho de contar con sondeos de opinión, simplificando así la complejidad de la política, de sus ritmos y sus mediaciones.

c) La irrupción de un liberalismo utilitarista que no ordena las expectativas y las necesidades según una jerarquía de valores, sino que eleva el provecho, la eficacia o la competitividad a la categoría de fines, subordinando a éstos las razones de la solidaridad.

d) El auge de la política-espectáculo, de la política reducida a enfrentamiento verbal, acompañado a veces de amenazas; una política entendida como lugar del éxito y escenario de personajes triunfadoras que buscan el poder, no sobre la base de unos programas contrastados y creíbles, sino sobre la base de promesas o expectativas genéricas.

e) Existe, por último, una lógica de la conflictividad que lo interpreta todo en el marco de la relación amigo-enemigo, donde con aquél se tiene todo en común, y con éste nada. Tal contraposición sería la única capaz de establecer correctamente minorías y mayorías y de desbaratar la degeneración "coalicionística". El coalicionismo -acuerdo para un reparto del poder que no busca hacer crecer juntos determinados valores comunes, sino espacios de poder para tal o cual fuerza política- es muy distinto de la búsqueda de los valores presentes en las diversas fuerzas en orden de hacer más compacta la ciudad (o el estado). Según esta lógica de la conflictividad, el vencedor se siente autorizado para prescindir totalmente de las razones del otro, sencillamente por el hecho de haber vencido.

De donde se sigue una práctica política que desconoce la confrontación, que no busca el diálogo con vistas a la verdad, que entiende el gobierno como pura capacidad de decisión de quien tiene la mayoría, o confía dicha decisión a la suerte emotiva de un plebiscito. Aunque sea necesario admitir que el conflicto político -en un marco democrático y respetuoso de los derechos de todos- es un paso necesario, y en cierto modo inevitable, ciertamente no puede ser visto como un instrumento ordinario de gobierno, y menos aún como un bien o un fin en sí mismo, puesto que el fin es siempre el shalom, la paz.

No es éste, pues, tiempo de indiferencia, de silencio, ni siquiera de olímpica neutralidad o de tranquila equidistancia. No basta con decir que no se está ni con unos ni con otros, para poder estar en el justo medio; ni es lícito pensar que, llegado el momento, se puede elegir indistintamente una cosa u otra, según las ventajas que ofrezcan. Es éste un tiempo en el que hay que ayudar a discernir la cualidad moral, no sólo de cada opción política, sino también del

*HAY UN TIEMPO PARA CALLAR Y UN TIEMPO PARA...

modo de hacer política y de la concepción de acción política que implica. No está en juego la libertad de la Iglesia, sino la libertad del hombre; no está en juego el futuro de la Iglesia, sino el futuro de la democracia.

Formas (y condiciones) de hablar hoy

¿Cuáles son los contextos, las formas y las condiciones en que puede hoy la Iglesia -modestamente, a la vez que con eficacia y verdad- cumplir su obligación en este ámbito? Quisiera hacer una relación de diez de estas condiciones, una especie de decálogo de las buenas maneras de hablar hoy de política, una lista de diez principios que hay que consolidar para mirar con confianza el futuro. Son principios que privilegian a la vez una mirada desencantada y confiada sobre la sociedad y una opción profética y evangélica, que evidencian una conciencia social, que expresan un reconocimiento de la necesidad de la política y de una correcta metodología de la acción política; todo ello en orden a unas propuestas concretas de traducción de los valores, que ha de elaborarse a partir del diálogo y tratando de llegar a unos criterios comunes de base, con una prioridad formativa y con el apoyo de una red de relaciones gratuitas y amistosas capaces de motivar una abundante inversión de energías y personas. Veamos más concretamente los puntos del decálogo.

1. La Iglesia debe, ante todo, saber mirar la modernidad y la postmodernidad con ojos críticos y desencantados, consciente de la fragilidad y ambigüedad de este proceso, pero reconociendo que también hay en él un espacio para la valoración de la libertad y la autonomía del hombre, para alabanza de Dios.

2. Un discurso renovado sobre la política por parte de la Iglesia debe partir de aquella opción evangélica y profética -en otro tiempo llamada *scelta religiosa*- que es afirmación del primado de Dios y del Evangelio. Lo cual no significa recluirse en lo sagrado, sino recordar a todos que la naturaleza y el destino del hombre exceden siempre cualquier opción contingente y, por tanto, también cualquier opción política. Todo ordenamiento social tiene un carácter precario y provisional; más allá de todos los conflictos, debe poderse proclamar aquel primado de la amistad que ya Aristóteles

consideraba como la sustancia y la base de la actividad política. A todo hombre y a toda mujer se les debe respeto y amor por encima de sus opciones políticas, pues son imagen del Dios vivo.

Por eso las "palabras clave" o las "palabras de orden" que a partir del postconcilio han venido apareciendo en el catolicismo italiano para indicar los diversos aspectos de las relaciones entre la Iglesia y la actividad política (*scelta religiosa*, compromiso con lo "prepolítico", compromiso con la "cultura", "proyecto" o "perspectiva cultural", etc.) son todas ellas, en realidad, formas que presuponen el primado de Dios, de su Evangelio y de la acción evangelizadora como tarea primera de la Iglesia, y tratan de comprender poco a poco cómo debe, en este marco, situarse la acción de los católicos en el país para poder expresar eficazmente, tanto en la mentalidad corriente como en las instituciones, los valores que afectan al hombre y que provienen de la luz de la fe.

Las fórmulas podrán variar según los tiempos, pero es evidente que sólo la continua e infatigable insistencia en el primado de Dios y del Evangelio podrá generar y concretar cada vez más aquellas formas de presencia de los católicos en la sociedad que sean respetuosas del método democrático, que respondan más adecuadamente a las necesidades del momento y que sirvan mejor al bien integral del hombre, que es la gloria del Dios vivo. "La Iglesia -afirma el Vaticano II, de cuya conclusión se cumple ahora el trigésimo aniversario- cree, de hecho, que el reconocimiento de Dios no se opone en modo alguno a la dignidad humana, ya que esta dignidad tiene en el mismo Dios su fundamento y perfección" (*Gaudium et Spes*, 21).

3. Un importante punto de partida para un nuevo discurso político es la toma de conciencia del patrimonio social y caritativo de la comunidad cristiana y su condición de levadura de la sociedad. En la reciente Asamblea de Palermo se manifestó lúcidamente dicha conciencia, así como el modo en que tal patrimonio es gestionado en beneficio de todos. "La cultura de la solidaridad y de la compasión -se dijo en el Grupo n.3- representa una contribución de los cristianos a la conciencia nacional. Dicha cultura introduce en la economía el factor 'comunidad' y orienta el *ethos* nacional en el sentido de una

"HAY UN TIEMPO PARA CALLAR Y UN TIEMPO PARA..."

mayor sensibilidad hacia las necesidades -que hace suyas- de los pobres de nuestra sociedad y de los del hemisferio Sur del planeta". Los lugares de la solidaridad cristiana no son lugares en los que se practique un altruismo de grupo, ni son tampoco lugares cerrados y separados, sino que constituyen verdaderos modelos de referencia que, no pocas veces, expresan proyectos anticipatorios de la propia intervención pública.

4. Supuesto lo dicho hasta aquí, conviene, sin embargo, ser muy conscientes de la insuficiencia de esta dimensión social y caritativa, así como la necesidad y la validez de la dimensión política como síntesis de las virtudes sociales y civiles, como forma exigente de caridad, según expresión de Pablo VI.

"Los católicos no son una `realidad aparte' del país -ha declarado en Palermo el Grupo n.2, responsable del análisis del compromiso social y político-, sino que intentan renovar su servicio a la sociedad y al estado a la luz de su tradición cultural y civil, de la doctrina social de la Iglesia y de los numerosos testimonios -en ocasiones refrendados con el martirio- de caridad política".

5. En este marco, resulta válido y eficaz subrayar cuál es el método correcto de actuación política. A este respecto, conviene evitar dos extremos: por una parte, la precipitación a la hora de traducir en formas políticas integristas los valores cristianos en cuanto tales; por otra, el olvido práctico de tales valores en nombre de una *Realpolitik* que, en aras de ciertas ventajas a corto plazo, acepte todo tipo de compromiso.

Nos hallamos en una situación pluralista y compleja, donde lo que consideramos como un bien, incluso moral, no siempre puede ser traducido inmediatamente en ley, porque es preciso contar con el consenso de muchos. Conviene, pues, hacer gala de una sabia gradualidad, porque, especialmente en una época como la actual, cada vez más falta de evidencias éticas, puede suceder que ni siquiera un valor que a uno le parece preeminente pueda ser políticamente propuesto en primer lugar y convertirse sin más en forma obligatoria, cuando se prevé que su imposición va a suponer un grave deterioro de la convivencia. *Cuanto más relevante es un*

valor desde el punto de vista ético, tanto más compromete y, consiguientemente, tanto más requiere un proceso de maduración. Una cosa es, pues, la labor de mentalización, en orden a convencer, con buenas razones y ejemplos atractivos, de la importancia para la colectividad de un determinado valor, y otra cosa es la traducción legislativa del mismo, que exige una mínima base de consenso.

6. De aquí debe nacer la capacidad de transformar en propuestas políticas los valores que se derivan del patrimonio de la fe. No basta con abordar los problemas a base de declaraciones de principio; hace falta, además, contar con instrumentos de traducción práctica de los mismos que puedan ser compartidos. En esto vale más la propuesta de caminos positivos, aunque sean graduales, que la cerrazón en la negativa, que a la larga resulta estéril.

No basta, por ejemplo, con proclamar el valor de la familia y exigir una legislación que la promueva y que prevenga los gravísimos daños que ocasiona a la sociedad la disolución del vínculo familiar; a la vez, hay que buscar con paciencia soluciones prácticas que tengan en cuenta también a aquellos que sostienen concepciones distintas y que, sin embargo, forman parte igualmente de la misma sociedad civil.

Tampoco basta con proclamar el valor preeminente de la vida en su integridad, si no se buscan también caminos políticos compartidos que favorezcan el amor a la vida con la creación de condiciones sociales favorables a las jóvenes parejas, a la mujer, a la política de la vivienda, a la reducción de la fiscalidad para quienes desean rejuvenecer la sociedad trayendo hijos al mundo... No toda lentitud en el proceder significa necesariamente una cesión. Existe también el riesgo de que, por pretender lo mejor, se propicie el que la situación regrese a niveles cada vez menos humanos.

Esta de la mediación antropológico-ética es quizá una de las labores más importantes y urgentes de los cristianos comprometidos en política y una de las aportaciones más fecundas que las comunidades cristianas pueden hacer hoy a la sociedad civil. Los principios de la fe deben ser transformados en valores para el hombre y para la ciudad y, dentro del mayor consenso y la mayor concordia posibles, deben resultar visibles y atractivos también para

"HAY UN TIEMPO PARA CALLAR Y UN TIEMPO PARA..."

los otros. Es preciso dar el paso, de la fragmentación política de los cristianos (derivada de la persuasión de que toda opción política sería legítima para el cristiano por el simple hecho de ser tomada por quien, prescindiendo de la posible coherencia o falta de coherencia, se declara cristiano o, al menos, respetuoso de los valores cristianos), a opciones políticas que se planteen precisamente el problema de la coherencia y sepan dar razón de ella.

7. Con este fin, conviene ofrecer instancias de diálogo donde los cristianos, como tales, puedan debatir y dar razón de sus propias opciones políticas. Es ésta una exigencia expresada con énfasis en la Asamblea de Palermo: "Hoy es más necesaria que nunca -declaraba el papa en su discurso- la educación en los principios y los métodos de un *discernimiento* no sólo personal, sino también *comunitario*, que permita dialogar a los hermanos en la fe, aunque militen en diferentes opciones políticas, para que puedan ayudarse mutuamente a trabajar en clara *coherencia* con los valores comúnmente profesados". Y el Cardenal Ruini afirmaba: "De lo que se trata ahora es de favorecer el auge de aquellas instancias en las que el discernimiento pueda ser más específico y concreto, sobre todo por parte de quienes actúan directamente en la política".

8. De tales encuentros y diálogos podrá nacer una serie de criterios fundamentales, cada vez más concretos, para cualquier discernimiento político; criterios que se referirán, por ejemplo, a la tutela de las viejas y nuevas situaciones de debilidad; a la defensa en cada momento de aquellos valores humanos que se intuye están especialmente amenazados en un determinado momento; a la atención que debe presentarse a aquellos temas principales, señalados por el papa en su discurso de Palermo, referidos al "acervo doctrinal de la Iglesia sobre la persona y el respeto de la vida humana, sobre la familia, sobre la libertad de enseñanza, sobre la solidaridad y sobre la promoción de la justicia y de la paz" (n.10).

9. En el plano eclesial, esto conlleva la recuperación de un discurso formativo que apele a las fuentes genuinas de la revelación y hunda sus raíces en una comunidad acorde con el Evangelio. La Iglesia que está en Italia -ha dicho también el papa- se siente interpelada a *dejarse moldear por la escucha de la palabra de Dios*,

alimentándose y purificándose continuamente en las fuentes de la liturgia y de la oración personal" (n. 9). Se siente impulsada, no sólo a formar a sus hijos, sino también a dejarse formar ella misma, viviendo en su interior unas relaciones fundadas en el Evangelio, según las modalidades que en mi última carta pastoral, *Ripartiamo da Dio*, señalaba como capaces de expresar una comunidad alternativa, es decir, una comunidad que -en una sociedad caracterizada por unas relaciones frágiles, conflictivas y condicionadas por el consumismo- exprese la posibilidad de unas relaciones gratuitas, fuertes y duraderas, basadas en la mutua aceptación y en el perdón recíproco.

10. Por último, debe subrayarse la especial importancia y el papel determinante del laicado en este proceso de renovación de la presencia de la Iglesia en la sociedad. La Iglesia está hoy más que nunca en condiciones de "apostar" por la madurez y el espíritu de responsabilidad de sus laicos, como lo demuestra la importante y responsable aportación de tantos bautizados -hombres y mujeres de toda edad y condición social- al éxito de la Asamblea de Palermo. Pero "apostar" significa también reconocer y apreciar, en el aspecto político, la libertad de los laicos para asumir riesgos debidamente calculados. En su discurso de Palermo, el papa ha invitado también a "no rehuir la Cruz", a "no dejarse abatir por los aparentes fracasos", a "no abdicar jamás de la defensa del hombre" (n.9).

El nuestro puede parecer un tiempo complejo y difícil, en el que resulta especialmente laborioso saber sobre lo que hay que callar y sobre lo que conviene hablar. Sin embargo, también nuestro patrón, san Ambrosio, vivió en unos tiempos sumamente calamitosos y difíciles, en los que la correcta relación con una sociedad dramáticamente dividida y con el Imperio obligaba a continuos y exigentes discernimientos. Confiemos, pues, que san Ambrosio interceda por nosotros en momentos como éstos. Nos disponemos a celebrar a nuestro patrón con un gran Año San Ambrosiano que comenzará el 7 de diciembre de 1996 y recordará el decimosexto centenario de su muerte, acaecida el 4 de abril del año 397. Pero quiero recordar también otro centenario de la iglesia hermana, la iglesia de Vercelli, que celebra en este año el 1650 aniversario de la ordenación episcopal de su primer obispo, san Eusebio, en

"HAY UN TIEMPO PARA CALLAR Y UN TIEMPO PARA..."

diciembre del año 345. Ambrosio apreciaba profundamente a Eusebio, de quien hizo grandes elogios en una carta a la iglesia de Vercelli, porque veía en él, fallecido en el 371, un ejemplo de obispo intrépido que había dirigido con sabiduría a su iglesia en tiempos difíciles. Invoquemos a ambos patronos para que nos obtengan la sabiduría de saber callar cuando conviene y de saber hablar sin temores humanos para el bien de nuestro pueblo y de nuestra ciudad.